



# Despertaba dentro de un sueño

PABLO MAKOVSKY

*All that we see or seem/ Is but a dream within a dream.*  
Edgar Allan Poe, "A dream within a dream"

**D**espertaba dentro de un sueño. Eso lo angustiaba. O acaso lo angustiaba el hecho de que sus sueños eran demasiado estúpidos como para ingresar en la categoría sueño-dentro-de-un-sueño. Soñaba con animales pequeños, inofensivos. Por ejemplo, una vez había soñado que lo despertaban las uñas de un cuis en sus pies desnudos. Había una especie de barullo que precedía la vigilia, como si el cuis hubiese estado hablando antes de que él se despertara (en el sueño, se entiende). Cuando al fin notaba el cuis allá, al pie de sus pies, veía que llevaba puestos unos lentes de sol. Eran unos buenos lentes, marca Infinit (se daba cuenta por los rombitos que tenían en la parte delantera del armazón). El cuis hablaba y gesticulaba, decía que era amigo del intendente Miguel Lifschitz y esto lo ponía eufórico, así que alzaba sus manitos y las hacía girar en el aire mientras pronunciaba "Lifschitz" (que sonaba a "líchiz"), y decía "Miguel": "Miguel me dijo la semana pasada", o "Viste cómo es Miguel". Y él, siempre sentado en algo que podía ser una cama, o un sofá, o una reposera, miraba al cuis y se daba cuenta de que esos lentes no estaban preparados para la cara del cuis y que en cualquier momento podían caerse. Y en efecto, eso sucedía. De repente las inquietas manitos chocaban contra una de las patillas y los lentes resbalaban de la cara del cuis, a la que le hacía falta una nariz en la que encajar el marco. Los anteojos volaban y caían al piso, que estaba mucho más abajo que el cuis y que sus piernas. Y aunque sabía (lo sabía en el sueño) que los lentes hoy día no se rompen tan fácilmente, estos se hacían añicos contra el piso (donde sea que estuviera). Y el cuis le enseñaba entonces su cara ramplona de cuis, que de pronto comenzaba a desencajarse en una mueca de tristeza. Entonces él pensaba que esos lentes eran todo para ese cuis. El cuis hablaba porque tenía esos lentes, recordaba haber descubierto eso en el sueño. Pensó cuánto le habrían costado y lo difícil que debió haber sido para un pequeño cuis reunir el dinero suficiente

como para comprarse unos lentes Infnit, que ahora estaban allá, en la oscura nada del piso del sueño, hechos trizas. Todo lo extraño y solitario del mundo del cuis se le hizo presente en esa cara del cuis sin los lentes, que lo miraba ya desanimado de humanidad mientras en el aire se apagaba el último eco de un “Miguel”.

Entonces despertaba.

Había intentado una vez contarle esos sueños a su esposa. Lo había hecho con el sueño del cuis. Pero su esposa, que tenía un grado en Psicología por la Universidad Nacional de Rosario, lo había observado risueña y le preguntó si no sería algo que lo angustiaba por su trabajo en la Municipalidad.

A él no solo le parecía que no había ninguna relación con su trabajo, sino que notaba que había sido un error comunicarle el sueño a la mujer: ahora, además del estigma de tipo angustiado, con un trabajo de poca monta del que evitaba hablar, cargaba con el de un ser insignificante que comenzaba a instalarse en el imaginario de su esposa junto a la estampita de un cuis que usaba gafas de sol.

Una noche, al despertar en medio de la madrugada de un sobresalto, despertó también a su esposa. Y a la mañana siguiente, mientras él preparaba unos mates, su mujer le había preguntado si otra vez había soñado “con la ardilla”.

¿Qué ardilla?, había respondido él, aunque ya sabía a qué se refería, solo quería demorar, darse un tiempo para masticar algún tipo de respuesta que diluyera ese error que ahora se multiplicaba.

“La ardilla con lentes, la que era amiga del intendente”, le decía su esposa. Pero de la boca de él, como si no pudiese evitar condenarse, solo salía: “No era una ardilla, era un cuis”. Y se preguntaba por qué no podía soñar con un león, un mastín, un dragón, un canguro al menos. Por qué la angustia, que vinculaba con esas imágenes ridículas del cuis con sus lentes oscuros, no provenía de alguna visión más digna de dolor: su padre muerto que le hacía señas desde el espejo o su abuela materna despertando de la muerte en sus brazos.

En otra oportunidad había soñado que uno de los sapos del jardín de su casa, que indistintamente llamaban Chucho y Verdolaga, lo despertaba en la cama con los festejos habituales de un perro: saltaba alrededor de sus pies, se paraba en dos patas y apoyaba las manos contra sus pijamas. Él observaba al sapo con una mezcla de asombro y alegría. Pero entonces su esposa gritaba desde la cocina que debía deshacer las valijas (como suele suceder en los sueños, o en su recuerdo, las situaciones mutan de forma repentina, como si el sueño improvisara): había valijas en la pieza de un viaje reciente, del que él despertaba en ese momento; lo que explicaba, según el razonamiento que hizo dentro del sueño mismo, la alegría del sapo al recibirlo.

Pero el grito de su esposa, desde la cocina, puso en funcionamiento —siempre en las circunstancias del sueño— un terrible fastidio y un mecanismo generado por el rencor (pensó que su esposa era insensible a ese momento de recogimiento, de sosiego posterior al viaje, que no había suficiente espacio para sí, para lo que él pretendía de ese estar en la casa, que siempre estaba todo bien cuando salían de viaje y gastaban montañas de dinero en pavadas, pero que las mañanas con el mate y la radio de fondo, ahí en la casa, eran indiferentes para toda la familia, salvo para él, que observaba como ajeno la escena). Y reaccionó de la peor manera: levantó las valijas de las sillas donde dejaban la ropa en uso y comenzó a tirarlas con estruendo en el piso para abrirlas luego. Y así estuvo, según recordaba el sueño, arrojando maletas como si el viaje del que había vuelto hubiera sido una mudanza.

Entonces caía en la cuenta de que ya no veía al sapo. En el piso de la pieza había un desparramo considerable de maletas (incluso había más maletas de las que había en la casa: podía ver, o recordar, bolsos y valijas que había usado en la infancia y la juventud). Miraba fijamente la maleta con rueditas, la más rígida y pesada, que parecía hundida en el parquet, y sabía que ahí abajo yacía el sapo que antes festejaba su regreso: aplastado y muerto, con sus manitos ya inmóviles y la alegría sepultada bajo el peso de la valija.

Pensaba (lo pensaba en el sueño, antes de despertar definitivamente) que ahora todo era irremediable y que podía identificar con precisión el momento, la chispa que había disparado su ira, y que ese reconocimiento le enseñaba también un límite turbio: el que separaba al hombre que creía ser del que lo avergonzaba.

Y otra vez lo despertaba el movimiento de un animal pequeño y peludo contra su cuerpo, en la cama. Tardó en darse cuenta de qué animal se trataba. Como si solo fuera perceptible por la presión contra las costillas pero no por la vista. Sentía la filosa cosquilla de los pelos duros en la piel, a través de la camiseta, el calor de ese cuerpo pequeño contra el suyo, pero le costaba hallarlo entre las mantas. O se trataba, como se dijo antes, de una improvisación del sueño, como si eso que en él sueña, llamémosle la conciencia del sueño en el sueño, preparase la imagen mientras la buscaba. Había una idea básica, pero hasta ese momento solo estaba preparada la expectativa, sazónada con incomodidad y repulsión.

Al fin lo encontraba, era una rata de juguete, un chasco con la que su hija se había encariñado y dormía con ella cuando era más pequeña. Una rata negra del tamaño de un ratón grande, con su cola dura, de plástico, y ojos pintados de rojo. Alrededor de los tres o cuatro años su hija la usaba como muñeco y la llevaba en un cochecito de bebés de juguete, dormía con

ella, etcétera. Bien, pero la rata ahora estaba viva y, pese a que considerado desde la vigilia la situación podía parecer espantosa, en el sueño él entendía perfectamente de qué se trataba. Sí, le causaba cierta sorpresa que el bicho estuviese vivo, pero comprendía que lo que la rata buscaba era el mismo tipo de calor y compañía que le había ofrecido su hija, de modo que, como si al acariciar o abrazar la rata estuviese transfiriendo de alguna manera el cariño de su hija, la retenía contra sí.

Pero entonces llegaba su esposa y él pensaba que no iba a entender la situación y, peor, que cuando viera la rata en la cama armaría un escándalo. En ese momento pensaba: claro, esto es un sueño, y como si la rata se hubiese dado cuenta de lo que sucedía y se apurara a aprovechar sus últimos segundos de existencia en el sueño, corría a subirse a su cabeza y saludaba a su esposa con sus manitos negras. Ella se asustaba y lo llamaba a gritos por su nombre y, claro, despertaba definitivamente con la voz de la esposa, que en efecto lo llamaba por su nombre para despertarlo porque se había quedado dormido, o porque sonaba el despertador.

Ese día, sin llegar a revisar entre los canastos de juguetes, buscó con la mirada a ver si veía la rata, pero nada. Luego lo asaltó la idea ridícula de que el sueño venía a decirle algo sobre el amor a todo ser vivo, y la necesidad de retener aquellos objetos que pertenecieron a un momento feliz, sorpresivo, entrañable (su hija aferrada a esa rata de juguete en ese sinsaber de la infancia). Se sentía un san Francisco de utilería, con aquellos sentimientos de amor absurdo por una rata soñada, de plástico, pero no podía dejar de acariciar la cercanía de tales sentimientos, y así se le empañaba la percepción de las cosas cotidianas con una suerte de tristeza, de abandono. Recordaba la rata acurrucada contra sí en la cama, reconocía el sinsentido y en ese absurdo se hallaba solo, pero era una soledad llena de cosas que anhelaba. ■



---

*Pablo Makovsky* (Uruguay)

Nació en Paysandú en 1963. Desde los once años vive en Argentina. Se formó en Rosario, Santa Fe, donde estudió Letras. Publicó *La vida afuera* (poesía, 2000) y *San Nicolás de la frontera* (narrativa, 2010), además de cuentos, crónicas y entrevistas en *Rosario de antología* (2004), *Todos aquí* (2009) y *Sobrenatural* (2012). Es uno de los curadores del Festival Internacional de Poesía de Rosario. Editor del suplemento de cultura del desaparecido diario *El Ciudadano & la región* (2001-2008), de la revista *Lenta prisa* (2007) y de la revista *Lucera* (2006). Su trabajo incluye colaboraciones en varias revistas, traducciones y ensayos.

## Literatura Argentina • *Cuentos*



---

### *Giselle Marino* (Argentina)

Nació en Rosario, en 1976. Estudió fotografía durante los noventa y realizó diversos talleres, pero en verdad encontró una dirección cuando comenzó a disparar buscando la fugacidad en las imágenes, con la luz y los gestos como materia prima. Se ha especializado en fotografía de paisajes, arquitectura y editorial.